

—Hasta la noche, pues, dijo mister Wilsson dirigiéndose á la puerta, y luégo volviendo algunos pasos, añadió:

—Si mañana me dices que te llevas á Alicia, te daré en el acto tu pensión del primer año.

Claudio se encogió de hombros con un movimiento de triste indiferencia que debia ser muy nuevo en él, porque el banquero le miró sorprendido, y le dijo:

—¿Te habrás vuelto filósofo?

—Hasta la noche, repuso Claudio, despidiéndolo á mister Wilsson con cierta magestad.

Este salió, montó en su berlina y bien pronto se le oyó alejarse al trote de su magnífico tronco.

Entretanto Claudio habia cerrado la puerta, y dejándose caer en la silla que ocupaba poco antes el inglés:

—¡Dios todopoderoso! exclamó elevando al cielo sus manos unidas: ¡hoy te reconozco! ¡Veo tu mano suspendida sobre mi cabeza y tiemblo y me estremezco de que la dejes caer! ¡Mucho he tardado, Señor! ¡He pasado veinte años de mi vida en el camino del mal! ¡Dame un rayo de luz que ilumine el resto, y me aparte del abismo de la desesperacion!

Claudio sepultó el semblante entre sus manos, y durante algun tiempo. . . ¡lloró!

CAPITULO VII.

La declaracion.—Aparece otra vez el doctor Simpson.—El salvador.—La carta de Claudio.

I

A las nueve de aquella noche, Tom, el ayuda de cámara de mister Wilsson, introdujo en la habitacion de su amo á Claudio Laroche.

Nadie que hubiera visto á éste por la mañana le hubiera conocido vestido por la noche con una elegancia llena de naturalidad y distincion: Sin embargo, su traje ostentaba una sencillez que distaba mucho del lujo. queria sin duda dar á entender á Rafaela que su deseo de ser presentado á ella habia sido casual, ó nacido en el momento de entrar á ver á su marido.

Llevaba pantalón claro, admirablemente hecho, levita color de castaña y corbata negra. Su cabello negro, abundante y lustroso, se ensortijaba en copiosos anillos, y su barba, igualmente

rizada y negra, daba á su semblante una expresion enérgica y apasionada, que realizaban sus negros ojos y sus cejas de seda, negras tambien.

Al verle entrar se levantó el banquero, despidió á Tom con una seña, y dijo:

—Vamos.

Salió cerrando tras sí y Claudio le siguió.

La marcha del banquero, al atravesar la serie de magníficas piezas que separaban su habitacion de la de su esposa, tenia su carácter pausado y habitual. Claudio le seguia, ya apresurando el paso de una manera nerviosa, ya adelantando más lentamente que el mismo mister Wilsson.

Llegaron por fin á la puerta del aposento de Rafaela: llamó mister Wilsson, y abrió Alicia, que se hallaba con su madre en aquel instante.

La niña tenia puesta aquella noche una larga bata blanca, que hacia parecer mayor su estatura, demasiado desarrollada para su edad.

Sus cabellos, divididos por una raya desde la frente á la nuca, caian en dos largas y hermosas trenzas negras á lo largo de su traje.

—¿Qué haces aquí, Alicia? preguntó mister Wilsson á su hija.

—He venido á ver á mi madre respondió la niña con gravedad, y pasando delante de su padre y de Claudio.

Al oírles entrar, levantó Rafaela la cabeza de libro en que leia, y bien pronto apareció en su semblante una profunda expresion de desprecio

y asombro al ver á Claudio, al que conocia ya hacia mucho tiempo de nombre, y al que últimamente habia visto algunas veces en casa de Leon-tina.

Ya sabemos de qué manera reconvinó á su amiga cuando ésta le anunció que iba á recibir á M. Laroche en su casa. Cuando le encontró en ella, apenas habia querido hablarle, y su asombro fué tan grande como su enojo al oír decir á su marido:

—Rafaela, mi amigo M. Laroche, me ha rogado que te le presentara.

—No sé, en verdad, lo que puede querer de mí este caballero, balbuceó Rafaela, roja de indignacion.

—El te lo dirá: en cuanto á mí, me llaman mis negocios á otra parte; vamos, Alicia, continuó volviéndose á su hija: si quieres, te dejaré en la ópera donde se hallan esta noche la condesa y su hija.

Alicia abrazó á su madre, hizo una grave cortesía á M. Laroche, y salió con su padre, dejando solos á Rafaela y á Claudio.

II

No bien hubo caido el *portière* del gabinete de mister Wilsson, se volvió ésta hácia Claudio, que permanecia en pié y en actitud respetuosa.

—Caballero, le dijo con dignidad; extraño mucho que se haya tomado la libertad de venir á mi cuarto, y espero que me explique el motivo que le ha determinado á tomársela.

M. Laroche, en vez de responder, siguió contemplando á Rafaela con la mirada triste que habia fijado en ella al entrar en su habitacion. La señora Wilsson esperó en vano durante algunos instantes á que le contestase; pero viendo que no lo hacia, se sentó, y apoyando la mejilla en la palma de la mano con el movimiento triste y digno que le era habitual, guardó un despreciativo silencio.

Despues de un rato Claudio separó los ojos de Rafaela, pasó la mano por la frente y dijo;

—He venido, señora á decir á usted una cosa que debe saber hace mucho tiempo.

—¿Y cuál es?

—¡Que la amo!

Claudio dijo estas palabras con una voz que salia de lo más íntimo de su alma; y era tanta la verdad y el sentimiento que su acento revelaba, que Rafaela volvió hácia él sus asombrados ojos.

—Yo no sabia semejante cosa, caballero, respondió, y aseguro á usted que hubiera deseado no saberlo nunca.

—Señora, dijo Claudio, acercándose á Rafaela, y como si acabara de tomar una resolucion poderosa: oiga usted durante algunos momentos, y despues usted decidirá de mi destino.

Rafaela no cambió de postura; pero hizo un gesto de resignacion, por el cual M. Laroche conoció que le escuchaba.

—Hace veinte años, señora, continuó él, hace veinte años que soy un miserable; bajo la apariencia frívola del hombre de mundo, he contribuido ó forjado por mí solo la ruina de muchos hombres de bien. Habia pensado, al volver á Francia, casarme con la condesa de Harley, que es muy rica y la cual me amó en otro tiempo lo poco que ella es capaz de amar; pero ví á usted en su casa, y mis proyectos se volvieron humo, y mi corazon latió de un modo que no conocia yo aún.

—Yo no he tenido jamás la pretension de convertir malvados, señor Laroche; respondió Rafaela con un desprecio más hiriente que los mayores dieterios.

Palidieron las morenas mejillas de Claudio; pero aquella ira fugitiva ó aquel doloroso despecho, se apagó casi instantáneamente.

—Yo no sé, señora, continuó despues de una pausa, yo no sé qué cosa hay en torno suyo, que me atrae y me facina: es sin duda el reflejo de su hermosa alma y de su inmaculada virtud. Sea lo que quiera, prosiguió aquel hombre que se iba animando de una manera que hubiera infundido miedo al que le hubiera conocido, sea de ello lo que quiera, es lo cierto que este amor puede volverme al camino de la perdicion, ó puede

hacer de mí un hombre de bien.

—¿Y qué me importa? dijo Rafaela con indiferencia.

—Aun tengo que hablar algo más señora, repuso Claudio á quien el desprecio de Rafaela iba encendiendo ya en ira.

—Me es igual, respondió aquella.

—¿Igual?

—Sí, caballero; enteramente igual.

—Luego ¿usted me aborrece?

—¡Yo! no llego á tanto; le desprecio á usted, y así se lo he dicho muchas veces á Leontina.

—¿Y no podré esperar que se amortigüe ese desprecio hácia mí?

—No, caballero.

—Pues bien, señora, entónces debo decir á usted que soy dueño de su hija.

Palideció Rafaela al oír estas palabras, como si la hubieran herido en medio del corazón, y miró con angustia á Claudio.

—¡Ah! ¡ah! exclamó éste, ¡ya parece que siente usted un poco más que desprecio!

—Siento terror y aflicción, caballero, ¿qué quieren decir las horribles palabras que acaba de pronunciar?

—Quiéren decir que su marido de usted, señora, el cual es mil veces más perverso que yo, me ha dicho esta mañana que es necesario que me case con Leontina, y que me vaya con ella y con Alicia á los Estados Unidos, donde completaré

su educación.

—¡Robarme! á mi hija! exclamó Rafaela con espanto: ¿sería usted capaz de ello, caballero?

—Muy capaz, señora; pero no lleguemos á un caso extremo. Rafaela, prosiguió Claudio dulcificando de nuevo su acento y su actitud; Rafaela, yo no pido que usted me ame, sino que me permita amarla!

—¡Y yo no quiero soportar por más tiempo la presencia de usted! exclamó Rafaela levantándose indignada: ¿no sabe usted que soy casada?

—¡Casada! y ¿con quién? interrumpió impetuosamente Claudio: ¿quiere usted que le diga lo que ha sido y lo que es su marido?

—Nada de eso quiero saber, ¡sólo quiero que salga usted al instante de aquí!

—¡Pero desdichada mujer, no conoce que su hija está en mis manos! exclamó Claudio con una sonrisa amarga y olvidando todo miramiento: ¿no sabe que su padre me la entrega para que pervierta su corazón, para que le endurezca, y para que extirpe de él todos los buenos sentimientos que hoy alberga?

—¡Y qué! ¿Dejaría Dios sin amparo y sin defensa á una desgraciada madre, á quien roban con su hija su único bien? dejaría sin castigo á sus infames raptos? ¡No, no, caballero! ¡Váyase usted de aquí! nada temo, porque me pongo con mi hija en las manos de Dios!...

Rafaela, al acabar de decir estas palabras, se de-

jó caer derodillas, elevó al cielo sus manos cruzadas, y empezó á recitar á media voz la fervorosa oracion que con tanta frecuencia dirigia á la Virgen Maria en la sombría habitacion de su casa en Lóndres.

Allí, cerca de ella, estaba aquella sagrada imagen que no habia querido abandonar. Colocada á los piés de su lecho, ella la acompañaba en los largos ratos de soledad, que, lo mismo en Paris que en Lóndres la agobiaban.

Claudio la contempló en silencio algunos instantes y al ver á aquella mujer postrada y orando, pareció conmovido hondamente. Mas el enemigo del género humano volvió á posesionarse de su alma, y dijo á Rafaela:

—Esta noche señora, debe usted despedirse de su hija, porque mañana estará en mi poder.

Salió dicho esto; pero Rafaela no dió muestras de haberle oido, y cuando él salió á la calle, aun continuaba la pobre madre su plegaria.

III

La oracion ha sido siempre el alimento del alma que desfallece, agobiada por el dolor. Dios, al dejarla al género humano, le dió la mejor egida contra todos los pesares que le afligen. Pero si la oracion es un bien para la humanidad ente-

ra, puede decirse que es el único consuelo para la mujer.

Rafaela se levantó confiada y casi tranquila despues de haber rezado, y sin embargo, estaba amenazada aún de perder á su hija como ántes de rezar. Sentóse delante de su *secretaire*, tomó papel y pluma, é iba á empezar una carta, cuando la puerta, que se abrió con ímpetu, la hizo volverse sobresaltada. Mary estaba en su umbral y detrás el doctor Simpson.

—¡Ah! exclamó Rafaela con un grito del alma. ¡Gracias, Dios mio, por el amparo que me envias, y que acabo de pedirte en mi afliccion!

Precipitóse, al decir estas palabras, en los brazos del anciano llorando de alegría, en tanto que Mary se retiraba discretamente.

—Doctor, dijo cuando su emocion le permitió hablar, señalando la carta que iba á empezar, ahora mismo iba á escribir á usted.

—¿Me necesitabas, hija mia? preguntó el anciano: yo he llegado hace dos horas, añadió, para encargarme de una cura peligrosa, y así que he visto mi enfermo, mi primer cuidado ha sido verte á tí; pero estás pálida y agitada; ¿qué tienes?

Rafaela, anegada en llanto, le refirió lo que acababa de pasar, y el doctor la escuchó con aquella calma dolorosa que se refleja en la frente de los hombres sabios ó que han sufrido mucho.

—Acosada por Laroche, prosiguió Rafaela, he

recordado, amigo mio, que tenia una carta de mi padre para usted.

—¡Una carta para mí! repitió asombrado el doctor. ¿De tu padre dices?

—Sí; la recibí, con otra para mí, por mano de mi hija, á quien las entregó mi marido mucho tiempo despues de haber muerto mi padre; en la que me dirigia á mí me decia, que si alguna vez necesitaba de amparo en Lóndres, buscara al doctor Simpson, y se la entregase, segura de que él me protegeria.

—¿Dónde está esa carta?

—Aquí; iba á enviársela á usted.

Rafaela sacó de un cajon interior de su *secrétaire* la carta que su padre habia dejado escrita para el doctor, y se la entregó á éste. El anciano rompió el sello con mano trémula, y leyó con voz temblorosa lo que sigue:

“Veinticuatro años hará que tuve que pasar al condado de Kent para asuntos de mi comercio; en una de las habitaciones de la casa donde yo me hospedaba se hallaba tambien una pobre viuda con una hija muy enferma.

“La jóven habia entrado como novicia en un convento: pero un mal indescifrable consumia su salud, y acababa lentamente con su vida. Los médicos aconsejaron á su madre que la sacase del convento; y viendo que la jóven, segura sin duda de su próximo fin, no oponia resistencia, se la llevó consigo á la casa donde habia tomado hospe-

daje, y en el cual fijé yo mi residencia pocos dias despues.

“Yo no pude ver á la jóven sin amarla: era ella una de esas mujeres que cautivan todos los corazones, y cuando le hice saber lo que pasaba en el mio, me respondió con dulzura:

—“No tengo dificultad en casarme con usted, amigo mio; Dios no me quiere para sí, y me tendré por dichosa si puedo hacer la felicidad de alguno en el mundo.

“Uníme, pues, á ella; pero no sin que ántes me confiase que habia amado mucho á un hombre, el cual habia roto bárbaramente los lazos de su amor. y que su corazon le recordaba á cada instante.

—“Pero yo curaré, añadia con su santa sonrisa, yo curaré con el poder de Dios.

“No curó, sin embargo; enferma de alma y cuerpo vivió diez años, y no obstante, me hizo durante ellos tan dichoso como jamás pude soñar haberlo sido.

“Mi esposa se llamaba Carlota, y el hombre á quien tanto habia amado, el doctor Simpson.”

Cayóse, al llegar aquí, la carta de las manos del doctor y cubrió sus facciones una palidez tan intensa, que Rafaela, toda asustada, se precipitó hácia él; más el anciano volvió á tomar la carta, y leyó con voz firme ya lo que sigue:

“Dejóme Carlota, á su muerte, una niña de nueve años, en cuyo tierno corazon habia sembra-

do ya su santa madre las máximas de la más sólida virtud: hoy, señor, la dejo en Londres, sola y casada con un hombre al cual se unió por salvarme de la pobreza. La Providencia ha querido sin duda traerla al país de su madre, á pesar de haber nacido en España, para que halle aquí el bienhechor que en ninguna otra parte podía encontrar.

“Señor, si alguna vez le pide su ayuda, por la memoria de su madre, que está en el cielo, no la desampare usted. Así se lo ruega su desgraciado y moribundo padre.

CLEMENTE DE AGUILAR.”

IV

Cuando el doctor acabó de leer esta carta, copiosas lágrimas bañaban sus mejillas; doblóla, la guardó en su pecho, y luégo extendió sus brazos á Rafaela que se arrojó en ellos sollozando.

Ambos permanecieron largo rato sin poder hablar y enteramente sometidos á la emocion que les dominaba.

—¡Ah! exclamó el doctor. Ahora me explico, hija mia, la fuerza irresistible que me arrastraba hácia tí. No temas, añadió haciendo un esfuerzo para recobrar su serenidad, que formaba la base principal de su carácter: no tiembles; yo salvaré á tu hija..... Sin saber los designios de su padre,

creo adivinarlos, porque conozco á Claudio Laroché desde que vivía en Londres.

—¡Pero qué haremos, Dios mio, qué haremos? exclamó la pobre madre con creciente agonía.

Su padre tiene derechos que nadie le puedediscutar....y luégo, ¡si le ayuda ese hombre tan perverso, tan desalmado!....

—Dios nos ayudará á nosotros: yo veré á Claudio, y ¿quién sabe? ¡quizá moveré su corazón! Son las diez, continuó el doctor mirando su reloj; ahora debe estar en su casa.....vuelvo dentro de media hora.

El doctor, dichas estas palabras, tomó su baston y su sombrero, y salió apresuradamente, dirigiéndose en seguida á casa de Claudio.

V

El doctor no podía, á causa de su pobreza, gastar coche. Era Julio, y las calles, pobladas de gente, no le dejaban el paso tan libre como hubiera deseado su impaciencia.

Cruzó por fin las más populosas, y se halló en el solitario barrio del Marais, en donde ya pudo caminar con mayor rapidez, llegando bien pronto á la casa de Claudio. ¿Cómo conocía el doctor aquella misteriosa vivienda, haciendo tan pocas horas que habia llegado á Paris?

Asistiendo á su entrevista con Claudio lo sabremos. Llamó á la puerta, y no tardó en oirse

la voz de Claudio, quien asomándose á la ventana, preguntaba:

—¿Quién llama?

—El doctor Simpson, respondió éste con apacible acento.

Al instante se oyó un paso rápido que bajaba la escalera, y Claudio abrió la puerta, trayendo en la mano un cabo de vela de sebo.

—¡Señor! balbuceó con respeto, inclinándose ante la austera figura del anciano.

—Buenas noches, hijo mio, dijo éste; ¿quieres recibirme en tu casa?

—¡Ah, señor, qué pregunta! exclamó Claudio con emoción. ¡Vamos, vamos arriba!

Ambos subieron la escalera y entraron en la mísera salita que ya conocemos.

—¿Cómo se halla usted en Paris, señor? preguntó Claudio, que apenas se atrevía á levantar los ojos delante del doctor.

—He venido á encargarme de la cura del duque D., hijo mio, y despues de cumplir con mi deber, no he querido marcharme sin verte.

—Me avergüenzo de tanto cariño, señor.

—¿Por qué, Claudio?

—¡Despues de la última cantidad que debí á la generosidad de usted, ni siquiera he vuelto á escribirle!

—¿Qué importa? Yo por eso no te quiero ménos; ¿te acuerdas de aquella terrible enfermedad por la cual todos los médicos de Lóndres te ha-

bían desahusado ya? Desde entonces te amo, Claudio, porque conocí que eras un hombre extraviado pero no perverso; desde entonces no he cesado de velar por tí, y cuando hace dos meses me escribiste que habías vuelto á Paris y que vivías en este solitario barrio, temí por tu suerte, figurándome que estabas muy pobre.

—¡Es verdad, señor! repuso aquel hombre bajando humildemente la cabeza. ¡Es la verdad; estoy pobre, arruinado, perdido, y soy un miserable!

—Felizmente, hijo mio, tengo con que socorrerte dijo el doctor sacando una pobre bolsita de seda verde y presentándola á Claudio; luégo añadió:

—Toma; esto es todo lo que poseo.

—¡Señor, señor! ¡Cuán confundido estoy al ver tanta generosidad! No, no, yo no puedo admitir. . . .

—¿Pues qué, Claudio, te avergonzaria acaso mi modesto don?

—¡Sí me avergüenza! exclamó Laroche ocultando el rostro entre las manos: ¡sí, me avergüenza, señor, porque usted es justo y yo soy un gran criminal!

—Claudio, sé más indulgente contigo mismo, dijo el doctor tomando suavemente la mano del socio del banquero: no sé de tu vida pasada más que aquello que tu has querido decirme; pero sé que Dios perdona al pecador más endurecido, y

no quiero ser yo más severo que él. Además ¿qué derechos tengo yo sobre tí? No debo hacer más que consolarte, y jamás me oirás reconvenirme.

—¡Ah, señor! si usted supiera. . . .

—Habla, repuso el doctor contento al ver correr el llanto por las mejillas del réprobo: habla, Claudio; soy hombre y todo lo puedo escuchar, porque he sido amaestrado en la escuela de la desgracia: habla ¿tienes crímenes sobre tí? ¡Todos los lava el arrepentimiento, y aun eres jóven y puedes enmendar cuanto mal hayas ocasionado, haciendo otro tanto bien!

—Señor, dijo Claudio con voz ahogada, estoy tan pobre, tan miserable, tan perdido, que me hallo en vísperas de venderme para el más infame de los crímenes; me compran para que robe una hija á su madre y para que la pervierta bajo la influencia de mi propia maldad.

Claudio, al decir estas palabras, humilló su frente casi hasta tocar la tierra, temeroso de hallar la severa mirada del doctor. Más éste en vez de soltar la mano que tenía entre las suyas, la estrechó cariñosamente y dijo:

—Lo sabía.

—¡Cómo! ¿Sabía usted que estaba encargado por mister Wilsson de llevarme á su hija?

—Sí.

—¿Quién ha podido decírselo?

—Rafaela.

—¡Rafaela! repitió Claudio en voz baja y asombrado.

—Rafaela, sí; y ahora vengo á decirte: Claudio, hijo mio, á quien tanto amo, por quien tanto me intereso, ¡no arrebatas á esa pobre madre su hija, que es lo único que le queda en el mundo.

—¡Oh, señor!

—Claudio: un lazo fuerte, muy poderoso, me une á Rafaela, que es una mártir; ella es hija de la única mujer á quien he amado en este mundo; cuando la ví por vez primera estaba moribunda como tú; á los dos os cuidé yo y os salvé de la desesperacion; en aquel tiempo, Claudio, pasaba yo todas mis horas entre vosotros dos; á ella la llevé á mi lado, pero á tí no pude, porque tu vida aventurera te llevó á Alemania; hoy sé que la amas, Claudio: ambos habeis llegado al estio de la vida; ella siendo buena y sufriendo mucho, tú siendo culpable, pero dichoso, porque tu conciencia dormía; y hoy digo desde lo íntimo de mi alma: Pluguiese á Dios que ambos fuérais libres para que yo pudiera uniros, haciendos felices!

—¡Señor, me confunde tanta bondad! murmuró Claudio, que no podia resolverse á levantar la abatida cabeza y mirar de frente al doctor, usted sabe quién soy yo y sabe quién es ella, y sin embargo.

—Y sin embargo, Claudio, si ella fuera libre, y tú quisieses aceptar el porvenir que te ofrezco,

no vacilaria en uniros con los lazos de una eterna union, á pesar de la diferencia de vuestras cunas y de vuestro pasado. Dios murió por todos, hijo mio, y no ama ménos al que nunca ha pecado que al delincuente arrepentido.

En cuanto á mí, Claudio, no puedo ni debo ser más severo que el Dios de justicia; cuando vine á Paris traje el propósito de encontrarte y de ponerte al abrigo de la miseria que estaba seguro de que te perseguia; lo he logrado, y por eso te digo que te ofrezco un porvenir.

—¡Un porvenir!

—¡Sí! La persona á quien he venido á curar de mi triste soledad, es el duque D., español y residente en Madrid; me ha dicho que necesita un secretario jóven, activo y que posea con perfeccion el español, el aleman, el inglés y el francés. Claudio, prosiguió el doctor fijando en el semblante de Laroche la dulce mirada de sus grandes ojos, de aquellos ojos que no habia podido la edad empañar; Claudio, yo que tantas veces he buscado para tí, sin poder encontrarla, una posición honrosa que te apartase del camino del mal; yo que, al contrario de todos aquellos que te han conocido, te he juzgado siempre más desgraciado que culpable, vengo hoy á decirte:

¿Quiéres ser honrado y dichoso? ¿Quiéres ser algo en la sociedad, tú que siempre has sido considerado en ella como un paria? La persona á quien deseo proponer tus servicios nada te pre-

guntará acerca de tu pasado; no abriga preocupaciones, y le bastará que tu presente sea honrado é intachable.

M. Laroche juntó sus manos con expresion de viva gratitud, y la emocion que embargaba su voz le impidió decir que aceptaba.

El doctor, tan perfecto conocedor del corazon humano, habia leído demasiado bien en el de aquel hombre. Tenia razon; era más desgraciado que culpable: ¿y qué hombre hay en el mundo, por otra parte, que no prefiera ser bueno á ser malo, cuando le dan medios honrosos y fáciles para que siga por el camino del bien?

Siempre hay cierto pudor en el alma, aún de los séres más abyectos y despreciables que responde cuando se le invoca. La dureza, el menosprecio de la sociedad precipitan á muchos séres en la sima sin fondo del crimen, cuando sólo han recorrido el camino del mal.

¿Si cada uno de los pobres extraviados encontrase un doctor Simpson, no habria tantos criminales!

VI

—Acepto, señor, dijo Claudio tras una leve pausa; acepto, tengo treinta años y aun puedo ser honrado; mi corazon no está pervertido, he servido de instrumento para muchas maldades,

pero no he cometido ningun crimen por mí mismo.

—¿Desistes de venderte á mister Wilsson para llevarte á su hija? preguntó el doctor, en cuyas facciones se retrataba una viva alegría.

—Desisto, sí; sólo puedo pagar á usted su generosidad procurando ser lo que hasta aquí no habia sido jamás, bueno y honrado.

—¡Y tú lo lograrás, hijo mio! ¡Sí, tú lo lograrás! Dios no deja sin ayuda los esfuerzos de los que quieren sinceramente entrar en el camino de la virtud; dentro de un mes saldrás para Madrid con el duque de D., olvidarás á Rafaela, y si no la olvidas, su recuerdo léjos, de ser criminal, te alentará en el camino del bien; ese es el privilegio de la virtud: todo lo purifica, todo lo alumbraba, todo lo alegra! Claudio, hijo mio, acepta aquel dinero que he dejado sobre tu cama; él te pondrá al abrigo de la necesidad, hasta que la salud del duque D., me permita presentarte á él.

Al decir estas palabras el doctor Simpson puso en las manos de Claudio el bolsillo de seda, que éste tomó sin ruborizarse ya, pues sabia que él le habia de preservar del crimen.

El doctor volvió á casa de mister Wilsson despues de haber abrazado á Claudio, á quien prometió ver todos los dias temeroso de que se le debilitasen sus buenas resoluciones.

Rafaela salió á recibirle ansiosa.

—¿Qué hay? preguntó apretando convulsiva-

mente las manos del doctor.

—No te quitarán á tu hija, respondió el anciano estrechando contra su pecho á la pobre madre, que rompió á llorar embriagada con el exceso de su alegría y de su gratitud.

—¿Cómo pagar á usted lo que le debo, señor y padre mio! murmuró con voz ahogada por la emocion. Usted, sólo usted, se ha interesado en este mundo por mi felicidad, pues mi pobre padre nada pudo hacer por ella.

—¿No eres tú hija de Carlota? repuso el anciano, que no podia separar los ojos del plácido semblante de Rafaela. ¡Así la hubiera visto muchas veces llorando de gratitud y de felicidad por mis cuidados y mi ternura, si el deber no nos hubiera separado para siempre!

El anciano fué interrumpido por un hombre desconocido que entró en la antesala donde se hallaban, con una carta en la mano.

—¿Será vuestra gracia mister Wilsson? preguntó al doctor mostrándole la carta.

—¡Es la letra de Claudio! se dijo el doctor; y luego añadió: no soy yo pero haré llegar al instante esta carta á sus manos.

El mandadero se la entregó y salió al instante.

—Veamos lo que le escribe, dijo el doctor despegando la oblea que aun estaba húmeda; no espero de él una infamia, pero tampoco puedo confiar enteramente cuando se trata de tu dicha y

de la de tu hija.

Dicho esto abrió la carta y leyó lo que sigue:
 "He meditado lo que me has propuesto, y no puedo consentir en ello; tu proyecto me horroriza, y por lo mismo, en vez de esperar á mañana para negarme á él, te escribo hoy para que no cuentes conmigo.

En cuanto á lo que dices soy en deberte, todo te lo pagaré cuando honradamente pueda adquirir medios para ello: me he cansado ya del mal, Ricardo, y deseo probar el bien.

CLAUDIO LAROCHE."

El doctor volvió á cerrar la carta, llamó á Tom, y le encargó que se la entregase á su amo, añadiendo que un hombre desconocido acababa de traerla para él.

—¡Dios mío! exclamó Rafaela, ¿estaré ya libre mi pobre hija de los crueles proyectos de su padre?

—Yo deseo verla, dijo el doctor; ¿no podrías llamarla para que la abrazase antes de retirarme á mi casa?

—¡Ay, amigo mío, me es imposible! repuso mistress Wilsson, ¡mi hija está ahora encerrada con sus maestros! Cuando se halla ocupada así, es en vano que la llame, pues me responde que le es imposible complacerme.

—¡Cómo! ¡Así vas renunciando á tu sagrada autoridad, Rafaela! exclamó el anciano dolorosamente afectado.

—¿Y qué puedo hacer yo? ¡Mi hija es cada día más grave, más resuelta é independiente! ¡Con terror, con mucho terror lo digo, amigo mío, pero es la verdad! ¡A pesar de todos mis esfuerzos y del constante ejemplo que le doy de humildad, mi hija va cumpliendo demasiado bien, para desgracia mía, todas las miras de su padre!

El anciano contempló á Rafaela durante algunos instantes, con una expresion llena de piedad y de tristeza, porque en su alma bullian mil pensamientos angustiosos, y luégo, abrazándola, se retiró á su casa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apéc. 1625 MONTERREY, MEXICO